

FRAY ANDRÉS DE OLMOS (1485-1571): DE OÑA A LA HUASTECA MEXICANA



JON IGELMO ZALDÍVAR

Es investigador del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad Complutense de Madrid. En la actualidad desarrolla su trabajo de investigación con el apoyo de Programa de Formación e Investigadores del Departamento de Educación, Universidades e Investigación del Gobierno Vasco.

Resumen¹ de la ponencia presentada en Julio de 2009 para el Curso de Verano de la Universidad de Burgos: “Oña: La transición del medievo a la modernidad (ss. XIV-XVI)”.

A lo largo de los siglos Oña ha hospedado a ilustres personajes que han engrandecido su Historia. A las puertas de esta villa burgalesa han llamado dinastías de reyes, infantes y condes; abades y monjes; renombrados investigadores; seguidores de la orden de San Benito y Jesuitas; académicos de la gramática y la botánica; escritores y artistas. La Iglesia del Monasterio de San Salvador, la sillería tallada en nogal, el claustro románico primero y el gótico después, la judería, las diferentes bibliotecas, la Plaza del Ayuntamiento, las orillas del río Oca, la renombrada botica o el Colegio Máximo de los Jesuitas, han sido lugares de encuentro para aquellos personajes que con el tiempo dejaron huella entre onienses de distintas generaciones. El estudio de quienes llegaron para quedarse o simplemente desfilaron dejando impronta con la marca de su pisada, nos habla también, y quizá sobre todo, de las gentes que les acogieron en su caminar. Quienes convivieron con los personajes más destacados de nuestro pasado son la Historia que heredamos y que, al tiempo, va construyéndose en base a las distintas

¹ El texto completo será publicado en las actas de los Cursos de Verano organizados por la Universidad de Burgos en Oña en 2008, 2009 y 2010 dentro de las actividades conmemorativas del milenario de la fundación del Monasterio de San Salvador de Oña en 2011.

tradiciones. Quien alguna vez acogió al caminante en su casa, bien sabe que parte del camino que éste ha recorrido entra en su hogar para quedarse.

Pero la Historia de los pueblos queda coja cuando sólo se conoce lo que hicieron las personas que fueron llegando, sin atender lo que sucedió con aquellos que un día salieron y murieron lejos de la tierra que les vio nacer. A veces son estos últimos los que llevando el nombre de su pueblo por el mundo terminan siendo olvidados en su tierra y tratados como extranjeros allá donde desarrollaron sus más destacados trabajos y fallecieron. Es la tragedia que bien conoce el exiliado y el aventurero, y es la tragedia también contra la que ha de luchar de Historia de un pueblo. Es por eso que hacer Historia conlleva ejercitar esa memoria colectiva que enfrenta sin descanso el olvido. Olvido que no puede y no debe hacernos ajenos al hecho de que en otros continentes nuestros paisanos son citados y nuestra villa de Oña es observada con curiosidad. Porque como onienses no nos es ajeno el hecho de que en libros como el de Carlos González Salas titulado *Tampico es lo azul* (1990: 28-29) podamos leer:

Olmos ha llegado a dominar varias de sus lenguas y a entenderse con ellos (los indígenas) a las mil maravillas. Sus escritos y su conversación se convierten en valiosas fuentes de información para sus otros hermanos historiadores. [...] El dulce franciscano de los pies alados amó a sus indios. Se entregó a ellos desde sus lejanas visiones de Oña. Ahora está entre ellos y puede repartirles el pan y la luz de la divina palabra; pero quiere hacer más por ellos, desea conocerlos entrañablemente, sostiene pláticas a menudo con los grandes señores y con los ancianos y caciques de México, de Texcoco, de Tlaxcala, de Huejotzingo, de Cholula, de Tepeaca, de Tamaholipa, de Ozuluama; no para en su preguntar acucioso al que lo lleva su fino instinto de observador. Investigador minucioso, indaga y vuelve a indagar sobre vocablos y giros, y los anota para formar sus diccionarios, sus gramáticas. De éstas se conserva su *Arte de la lengua mexicana* con su bello y bien pergeñado prólogo que todavía puede servir en la actualidad para aprender náhuatl.

De ahí la importancia de la tarea que a continuación me propongo, esto es: repasar la biografía de quien habiendo nacido en la villa de Oña en 1485, realizó la gesta de construir las primeras gramáticas de tres lenguas indígenas en el continente americano. Presentar la biografía de un oniense cuya infancia transcurrió en el valle abierto por el Oca en su lucha con los Montes Obarenes, y que murió en las lejanas tierras huastecas de Tampico en 1571. Detallar la aventura de un personaje que trató en su existencia con emperadores, conquistadores, indígenas, inquisidores, obispos, brujas, intelectuales y frailes liberadores. Narrar la vida, en definitiva, a partir de las fuentes históricas que han llegado hasta nuestros días, de quien es considerado hoy como el padre de la etnografía y la gramática indígena en América: Fray Andrés de Olmos.

Diferentes autores ubican en distintas fechas el nacimiento de Andrés de Olmos. Rémi Siméon (1972: 15) en la «Introducción» a la edición de 1875 del *Arte para aprender la lengua mexicana*² propone la fecha de 1491. Por su parte, Ángel María Garibay K. (1955: 28) en su *Historia de la Literatura Náhuatl* sitúa el acontecimiento hacia el 1500. Para George Baudot, quien presenta el estudio más completo de la biografía de Andrés de Olmos en su libro *Utopía e Historia en México* de 1977, señala que es casi imposible dar con precisión la fecha del nacimiento de Olmos. Si bien, Baudot (1983: 131) se atreve a proponer la de 1480, una veintena de años antes de que finalizara el

² La edición del *Arte para aprender la lengua mexicana* de Remi Siméon se puede consultar en la versión al castellano de Miguel León-Portilla de 1972 editada por Edmundo Aviña Ley. Cabe mencionar que en ocasiones este libro es también titulado por otros autores *Arte de la lengua mexicana*. En ambos casos se hace mención al mismo trabajo.

siglo XV, ya que varios textos le describen, hacia 1555, como un anciano de edad avanzada. Con todo, la fecha más fiable es la recientemente propuesta por Asunción Hernández de León-Portilla y Miguel León-Portilla (2002: 21) en su «Estudio introductorio» a la más reciente edición del *Arte de la lengua mexicana* de Andrés de Olmos y que sitúan su nacimiento en 1485.

Ahora bien, en lo que todos los autores coinciden sin plantear duda alguna es en ubicar geográficamente el nacimiento de Andrés de Olmos en la villa Oña. De esta localidad burgalesa eran sus padres, quienes, al parecer, pertenecían a familias de cristianos viejos cuyos antepasados no ofrecían la menor sospecha de ser conversos o haber tenido jamás que ver con la Inquisición (Baudot, 1983: 131). Su infancia, en consecuencia, coincidió en el tiempo con un periodo de profundas transformaciones en Oña y su Monasterio³. Baste mencionar que la última década del siglo XV, fueron los años de Andrés Gutiérrez del Cerezo⁴, primero como monje y luego como Abad del Monasterio de San Salvador. Fue bajo su mandato, de hecho, cuando se proyectó la construcción del claustro gótico, obra encargada a Simón de Colonia, y fue también el momento en que Fray Pedro de Valladolid inició los trabajos del magnífico mausoleo real tallado en nogal que quedaría emplazado a ambos lados del altar mayor.

El siguiente dato de la biografía de Olmos es el que indica que siendo joven se trasladó a la localidad vallisoletana de Olmos de Esgueva donde vivía una hermana mayor casada. El propósito de dar continuidad a sus estudios podría estar detrás de este cambio de residencia. Su estancia en este pueblo de Valladolid debió de representar mucho para él, ya que al tomar el hábito de monje eligió el nombre de Olmos según la costumbre de la época. No obstante, este periodo en la biografía de Andrés de Olmos sólo deja nuevos interrogantes, puesto que no es hasta la edad de 20 años que se tiene constancia de su ingreso en el convento vallisoletano de San Francisco. Allí recibió instrucción en derecho canónico y se inició en los estudios jurídicos dentro de la orden franciscana (Fray Jerónimo de Mendieta, 1597: 644).

Poco se sabe en realidad de los veinte primeros años que Olmos pasó en el convento de Valladolid. No se tiene noticia alguna de sus trabajos o dedicaciones. Lo más que se puede, por tanto, es atender a los supuestos que algunos autores se han atrevido a plantear en relación al desempeño de Andrés de Olmos durante estas dos décadas de vida monástica. Así, para George Baudot (1983: 131), Olmos estuvo vinculado en este tiempo de recogimiento a la escuela del evangelismo reformador que había iniciado Fray Juan de Guadalupe en Extremadura. También en estos años, es posible vincular sus dedicaciones con la persecución de la hechicería y la adquisición de una cierta experiencia en demonología (*Ibid.*: 132).

Es en 1527, ya en plena madurez, cuando se produce un hecho que terminará marcando la vida de Fray Andrés de Olmos y del que se tiene constancia precisa. Fue elegido por

³ En relación a las transformaciones que acontecieron en Oña y el Monasterio de San Salvador a finales del siglo XV y principios del XVI se puede consultar el texto de M^a Pilar Silva Maroto (1974) *El monasterio de Oña en tiempo de los Reyes Católicos*.

⁴ Andrés Gutiérrez de Cerezo (Cerezo del río Tirón, 1459-1503) tras una larga trayectoria eclesiástica y humanística en Salamanca, Burgos y Santander, llega al monasterio de San Salvador de Oña en 1490. Durante su gobierno une a la abadía de Oña con la congregación de la orden de San Benito de Valladolid. El monasterio de Oña en esos años adquiere un prestigio notable, prueba de ellos es el alojamiento que se dispuso a los Reyes Católicos.

el guardián del monasterio de Abrojo en Valladolid, Fray Juan de Zumárraga⁵, por aquel entonces superior provincial de la Orden de los franciscanos en el reino de España, para una misión que personalmente el emperador Carlos V y la Inquisición le habían encomendado (Fray Jerónimo de Mendieta, 1597: 644-645). Se trataba de realizar una delicada pesquisa sobre ciertas actividades que venían desarrollando un grupo de brujas en territorio Vizcaíno. Y no era éste un caso aislado cualquiera, ya que en toda Europa se observaba a principios del siglo XVI una oleada de hechicerías y sortilegios que hacían culto al demonio y burla a la Iglesia. No debía ser un secreto para las autoridades monárquicas y eclesiásticas el resurgimiento de las supersticiones paganas y las prácticas mágicas de la Edad Media. La inquisición se veía obligada a actuar si quería mantener su papel de guardianas de la ortodoxia. De ahí que desde dentro de la Iglesia se fomentara el estudio profundo de estos fenómenos con el fin de poder reprimirlos mejor. En este sentido, es de suponer que Olmos llevaba bastantes años dedicado a este tipo de investigaciones y que estaba lo suficientemente preparado como para acompañar a Zumárraga en semejante campaña.

La empresa en la que participaron Zumárraga y Olmos finalmente fue cumplida con éxito. La competencia de ambos en esta delicada especialidad quedó demostrada. No debería extrañar que Olmos, además de ser uno de los monjes de confianza de sus superiores, fuera también uno de los frailes que mejor conocía el contexto cultural y el idioma vernáculo del Señorío de Vizcaya junto con el propio Zumárraga⁶. El excelente desempeño en la indagación que había realizado Olmos propició un nuevo nombramiento para colaborar en una empresa a priori parecida a la que acababa de desempeñar en Vizcaya, esto es: la extirpación de las creencias y de las prácticas hostiles o extrañas a la fe en los territorios de la Nueva España conquistada.

Fray Andrés de Olmos llegó al continente americano en el mes de noviembre de 1528. Acompañaba en el viaje a Fray Juan de Zumárraga, quien llegaba a su nuevo destino en calidad de “obispo electo” de la diócesis que iba a establecerse en la capital de Nueva España. Tras su desembarco en México, Olmos quedó integrado en la recién constituida organización eclesiástica que los franciscanos estaban desarrollando en Nueva España. Zumárraga era la cabeza de esta estructura y Olmos fue encargado de las misiones más delicadas y peligrosas. De hecho, como primera tarea, el custodio Fray Luis de Fuensalida le confió la misión de partir rumbo a Guatemala tras las huellas de un ilustre predecesor del que no se tenían noticias desde hacía tiempo: Fray Toribio de Benavente (Baudot, 1983: 135). Una misión dura y compleja que implicaba dejar la meseta de México y atravesar el estrecho de Tehuantepec para alcanzar las montañas mayas de Chiapas y llegar a la selva tropical del Petén. En aquellas tierras Olmos se encontraría con los indígenas mayas que aún no conocía y que mantenían una posición hostil ante la presencia de los conquistadores y su retaguardia religiosa.

⁵ Juan de Zumárraga (Durango, Vizcaya, 1468-Ciudad de México 1548) antes de su llegada a México fue superior de la orden de los franciscanos en España. En 1528 fue nombrado por Carlos V primer obispo de la Ciudad de México. Fundó en México la Real y Pontificia Universidad de México, así como otros centros académicos de prestigio. Participó como inquisidor apostólico entre 1536 y 1543. En 1547 fue nombrado arzobispo de México por el Papa Paulo III. Se dice que fue el principal testigo de las apariciones de la Virgen de Guadalupe en Tepeyac.

⁶ Es importante mencionar que Fray Juan de Zumárraga no sólo hablaba perfectamente euskera, sino que además, una de las cartas que escribió en 1537 desde México a su familia de Durango, Vizcaya, es considerada como el texto vasco en prosa más largo conocido anterior a los primeros libros en esta lengua.

En Guatemala se produjo un encuentro clave en la biografía de Olmos. Allí conoció a Fray Toribio de Benavente, más conocido como Fray Motolinía⁷, término que significa *pobrecito* o *desgraciado* en nahuatl, quien vivía acuciado por interpretaciones apocalípticas de los textos sagrados. Ambos tuvieron tiempo de intercambiar experiencias e inquietudes compartidas. En estas jornadas de encuentro, al parecer, el discurso de Olmos destacó por presentar un intento de construir un método riguroso de acercamiento a la cultura de los pueblos indígenas de la región que tomaba como referencia su experiencia personal en materia de hechicería. Se estaba asentando en plena Centroamérica, al unir el método de Olmos y las perspectivas visionarias de Motolinía, las premisas y los principios esenciales de los primeros grandes trabajos consagrados a la civilización precolombina (Baudot, 1983: 135).

Tras un año de viaje por tierras guatemaltecas, y con la misión que le fuera encomendada cumplida, Olmos regresó a México en 1530. En ese tiempo ejerció su labor misionera en la comunidad nahua de Tepepulco⁸, antiguo señorío de cierta importancia cercano a la Ciudad de México y que formaba parte del reino de Texcoco (Hernández León Portilla, A. y León Portilla, M., 2002: 21). Baste mencionar que el centro ceremonial de Tepepulco estaba consagrado a Huitzilopochtli⁹. Comenzaba entonces para Olmos un periodo de aprendizaje de la lengua propia de los indígenas de la región: el náhuatl.

Habiendo transcurridos tres años desde su llegada a Tepepulco, Andrés de Olmos alcanzó una fama notable en la Nueva España por su conocimiento del náhuatl. Durante 1533 residió cierto tiempo en Cuernavaca, a unos 50 kilómetros de la Ciudad de México, donde perseguía unas apariciones diabólicas bajo la apariencia de una vuelta a las creencias indígenas prehispánicas. Se trataba posiblemente de reivindicaciones indígenas por un regreso al orden de cosas anterior a la conquista. Parte de su experiencia en Cuernavaca, sería la base para uno de sus trabajos de investigación titulado *Tratado de hechicerías y sortilegios*, que no vería la luz hasta casi veinte años después (Baudot, 1983: 138).

La notoriedad alcanzada por Andrés de Olmos en estos primeros años en Nueva España le permitió participar activamente a partir de 1533 en la construcción de un colegio al norte de la Ciudad de México donde se procuraría formación a jóvenes indígenas de origen noble del altiplano mesoamericano. Se trataba del Imperial Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco¹⁰, un centro académico intercultural pionero en América donde el saber indígena de los códices precolombinos, la medicina autóctona y sus diversas artes fueron objeto de estudio junto con aquellas áreas de conocimiento, como las

⁷ Fray Motolinía (Benavente, 1482- Ciudad de México, 1569), fue misionero franciscano e historiador de la Nueva España. En su obra defendió a los indígenas de los abusos que se estaban cometiendo en su contra. Prácticamente todos los textos originales de su obras se han perdido.

⁸ Curiosamente es en esta localidad donde años después vivió Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590), antropólogo pionero en Nueva España. Muy posiblemente Fray Bernardino llegó a Tepepulco por recomendación de Olmos. La localidad hoy es conocida con el nombre de Tepeapulco y está ubicada a un centenar de kilómetros al nordeste de la Ciudad de México, en el Estado de Hidalgo.

⁹ Huitzilopochtli fue la principal deidad de la cultura mexicana, ha sido asociado al dios del sol.

¹⁰ Es importante señalar que si bien el Colegio de Tlatelolco no fue inaugurado oficialmente hasta el 6 de enero de 1536 por el virrey Mendoza, ya para agosto de 1533 el centro había comenzado a funcionar impartiendo algunos cursos de latín en lengua náhuatl a los hijos de señores indígenas bajo el impulso del obispo Fuenleal (Baudot, 1983: 140).

matemáticas, el latín, la Historia europea, las Sagradas Escrituras o la gramática, que por entonces estaban siendo estudiadas en las Universidades de Castilla (Hernández de León-Portilla, A. y León-Portilla, M., 2002: 17). Olmos recibió el encargo, por aquel tiempo, de Fray Martín Valencia y don Sebastián Ramírez de Fuenleal de investigar y reunir materiales sobre la cultura y la lengua de los nativos de la región central de México. El resultado de este encargo fue un libro que habría de recoger la antigua cultura de los pueblos nahuas.

En el periodo de tiempo que va de 1533 a 1539 cabe pensar que si bien Olmos estableció su residencia en Tlatelolco, con el fin de llevar a cabo sus estudios e investigaciones, sus viajes por la región náhuatl fueron constantes. Además de Texcoco y Tlaxcala, centros principales de sus investigaciones, visitó a señores indígenas de Huexotzingo, Cholula, Tepeaca o Tlalmanalco con el fin de estudiar los códices y registrar sus relatos. En general sus desplazamientos se centraron en localidades nahuas, especialmente aquellas situadas al este de la Ciudad de México, llegando incluso a realizar primeras exploraciones en la región Huasteca (Baudot, 1983: 141). Asimismo, a partir de 1536, Olmos experimentó con nuevos instrumentos para la evangelización. En esos años compuso algunas piezas de teatro moralizante en lengua náhuatl, destinado a instruir religiosamente a los indígenas de la región. Se trataba, en cierta forma, de un complemento a la obra etnográfica que venía desarrollando en el centro de Tlatelolco.

Ya en 1539, y como resultado del encargo que seis años atrás había recibido de sus superiores, Olmos presentó un libro del que no tardaron en hacerse varias copias. En sus páginas quedaron recogidos los testimonios de la antigua palabra indígenas, los conocidos como *huehuehtlahtolli*. Eran textos expresados en el “lenguaje noble” o *tecpillahtolli*; siendo ésta la expresión del lenguaje en formas reverenciales y portadora de la sabiduría moral de la cultura de los pueblos indígenas nahuas. El trabajo constaba de un extenso volumen que recogía antiguos testimonios de los indígenas. Un epílogo o resumen se tiene constancia que envió a España al ilustre Fray Bartolomé de Las Casas¹¹, reconocido defensor de los indios y figura clave en la historia de América Latina. De hecho, el mismo Fray Bartolomé recoge en su *Apologética historia sumaria* parte del material que Olmos le había remitido (León-Portilla, 1972: 7). De aquel primer trabajo etnográfico de Olmos en Nueva España en la actualidad no se conserva copia alguna. Apenas quedan los testimonios de quienes consultaron este libro que es considerado una de las primeras investigaciones etnográficas de los pueblos indios de América.

Finalizado su libro sobre las “antigüedades” indígenas nahuas en 1539, Olmos salió del colegio de Tlatelolco y partió rumbo a la región totonaca para establecerse en el pueblo de Hueytlalpan. En estas tierras vivió como misionero de indígenas, por lo que sus viajes a la sierra de Tuzapán en esta época fueron constantes. Allí no sólo bautizó a miles de nativos, sino que, además, aprendió la lengua totonaca propia de la región. También entonces participó en la construcción del convento de San Andrés, nombre de su santo patrono, en la provincia de Totonicapán, y continuó sus trabajos de investigación. En esta ocasión sus estudios se centraron en las dos lenguas habladas en la región donde vivía, el Totonaca y el Nahuatl (Hernández León Portilla, A. y León Portilla, M., 2002: 23). El principal fruto de sus estudios durante su estancia en

¹¹ Fray Bartolomé de Las Casas (Sevilla, 1474 – Madrid, 1566) fue un reconocido dominico defensor de los pueblos indígenas de América. También es considerado como uno de los fundadores del derecho internacional moderno. Posiblemente su trabajo más reconocido sea el titulado *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552).

Hueytlalpan es el libro titulado *Arte de la lengua mexicana* que quedó terminado el primero de enero de 1547. Una obra que fue encargada por Fray Martín de Hojacastro, comisario general franciscano de las Indias, y que hoy es considerada como el punto de inicio de toda gramática y etnografía en el continente americano.

Sin duda, este trabajo de Olmos, según fueron transcurriendo los siglos, ha quedado como testimonio del aprecio y hondo valor que algunos frailes concibieron a las culturas indígenas del Nuevo Mundo. La cultura de los vencidos fue admirada por los vencedores y testimonios de este respeto y admiración fueron trabajos como el emprendido por Fray Andrés de Olmos en su *Arte de la lengua mexicana*. Obra que todavía hoy continúa siendo consultada y que presentó y analizó por primera vez los atributos propios del náhuatl esforzándose por explicar las particularidades de una lengua que el propio autor calificó de abundosa en su manera y con orden y concierto, sin carecer de primores y buen artificio (Hernández León Portilla, A. y León Portilla, M., 2002: 20)

Unos años después de concluir el que es considerado el más importante de sus estudios y todavía en Hueytlalpan, Olmos finalizó la construcción de un vocabulario Nahuatl y una nueva obra gramática, esta vez de la lengua totonaca, que se tituló: *El arte de la lengua totonaca*. Ambos trabajos en la actualidad están perdidos. Ya en 1552 Olmos terminó su tratado titulado *Siete sermones principales sobre los siete pecados mortales* en lengua nahuatl. Acabó este libro en febrero de 1552, durante una estancia en Papantla. Este trabajo era un intento de adecuar la cultura cristiana al molde de las formas mexicanas (Baudot, 1983, 150). Una tentativa, en suma, de proporcionar fundamento teórico a la sociedad indígena que estaba siendo reconstruida desde los parámetros de la cultura cristiana. En esta misma línea, también desde Hueytlalpan, va a emprender Olmos, en 1553, un nuevo estudio en lengua nahuatl, dedicado esta vez a las hechicerías y sortilegios de los que podían ser víctimas los indígenas. Es el trabajo que se conoce como *Tratado de hechicerías y sortilegios*. En él retoma buena parte de los estudios que le fueron útiles en su campaña con Juan de Zumárraga en el caso de las brujas vizcaínas y que ya en Cuernavaca, veinte años atrás, había tenido la oportunidad de contrastar. Es posible que en esta época Olmos, que ya contaba con una edad avanzada, se hallara una vez más obsesionado por la persistencia de las creencias prehispánicas y preocupado, también, por extirparlas. Pero el tiempo de Olmos en Hueytlalpan finalizó en 1553.

En 1554, el buen desempeño en territorio totonaca llegó a oídos de su amigo el obispo Fray Bartolomé de Las Casas, quien solicitó al Consejo de Indias apoyo para que Olmos, junto con otros frailes, pudiera consolidar los establecimientos misionales ubicados en la región Huasteca. Con esta nueva tarea que le fue encomendada, Fray Andrés de Olmos salió rumbo a Pánuco y Tampico, dejando atrás quince años de trabajo misionero y académico en la localidad de Hueytlalpan (Hernández León Portilla, A. y León Portilla, M., 2002: 24). Se sabe, como señala George Baudot (1983. 151), que el 25 de abril de 1554 Andrés de Olmos recibió la autorización del virrey Luis de Velasco para fundar un monasterio franciscano en Tampico. El hecho de levantar un monasterio en la Huasteca respondía a la estrategia de impulsar la evangelización en una región en la que se habían ido acumulando intentos frustrados en esta labor por parte de colonizadores y misioneros. Por lo tanto, la misión que Bartolomé de Las Casas encomendó a Olmos era más compleja de lo que pudiera parecer. Se trataba de consolidar un proyecto fraileco en la Huasteca que tenía como fin abrir el camino a una comunicación con las misiones y los grupos indígenas del Noroeste de la Nueva

España. En última instancia, la intención era crear una zona estable y libre del peligro de los ataques chichimecas que pudiera servir de base para la penetración en la Florida.

El plan que propuso Olmos con el apoyo incondicional de Bartolomé de las Casas fue presentado al emperador Carlos V y al Consejo de Indias en una carta que el propio Olmos redactó el 25 de noviembre 1556. En esta misiva se plasmaba un plan para la colonización de la región que hasta entonces tantos problemas había ocasionado. Si bien, a pesar de contar con apoyos sumamente influyentes, los planes de Olmos para la Huasteca sólo obtuvieron respuestas de carácter evasivo. No obstante, el franciscano no estaba dispuesto, incluso a pesar de su avanzada edad, a abandonar la tarea que había iniciado. De ahí que, todavía en 1557, y quizá movido por un desatado celo apostólico y cierto impulso conquistador, insistió Olmos en su intención de abrir un paso hacia el territorio de la Florida y presionó al canónigo y al alcalde de Pánuco para que mediaran con las autoridades de Nueva España y el emperador.

Pero para entonces Olmos contaba con más de setenta años y acumulaba síntomas de cansancio y enfermedad como el asma y molestas picaduras de mosquitos en el rostro. El clima extremo de la Huasteca, las penalidades de una evangelización llevada a cabo con escasos medios materiales y las enfermedades tropicales hacían mella en un cuerpo avejentado que le obligaba a permanecer encerrado en la vida monástica. En consecuencia, de 1558 a 1568, Olmos permaneció sin apenas moverse en Tampico. Diez años en los que acuciado por la vejez y la enfermedad tendría todavía tiempo para componer una gramática y un vocabulario de la lengua huasteca, así como la redacción de una doctrina cristiana y de un manual de confesiones en la misma lengua (Baudot, 1983: 158). Textos hoy perdidos y que culminaban una extensa bibliografía fruto de los más de cuarenta años que Olmos pasó en el Nuevo Mundo, y que Fray Jerónimo de Mendieta (1597: 651) enumero en una lista que quedó estructurada de la siguiente forma: *Arte de la lengua mexicana, Vocabulario de la misma lengua, El Juicio Final, en la misma lengua, Pláticas que los Señores Mexicanos Hacían a sus Hijos y Vasallos, en la misma lengua, Libro de los Siete Sermones, en la misma lengua, Tratado de los Pecados Mortales y sus Hijos, en la misma lengua, Tratado de los Sacramentos, en la misma lengua, Tratado de los Sacrilegios, en la misma lengua, Arte de la Lengua Uaxteca, Vocabulario de la misma lengua, Doctrina Cristiana, en la misma lengua, Confesionario, en la misma lengua, Arte de la Lengua Totonaca, Vocabulario en la misma lengua.* A todos estos trabajos habría que añadir, aunque Jerónimo de Mendieta no lo precisa, el *Tratado de antigüedades mexicanas* elaborado por Olmos en 1534.

Pero cuando Olmos escribe sus últimos trabajos era ya un anciano que superaba los ochenta años y que por momentos veía como la última de sus campañas al servicio de Dios y la corona de Castilla se desmoronaba. Aquejado de un purulento absceso que desprendía mal olor y con las huellas de las diferentes enfermedades que había sufrido visibles en su rostro, se narra la proeza de su salida por última vez a la sierra de Tamaulipas para predicar fervientemente a los díscolos chichimecas. Posiblemente esta última hazaña no sea cierta, ya que su muerte quedaría fechada por los cronistas de la época el 8 de octubre de 1571 aunque existen suficientes indicios para pensar que posiblemente Olmos ya hubiera fallecido a finales de 1568.

Bibliografía.

BAUDOT, G. (1983) *Utopía e Historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*. Madrid: Espasa-Calpe.

GARIBAY, A. M. (1955) *Historia de la Literatura Nahuatl*. México; Editorial Porrúa.

GONZÁLEZ SALAS, CARLOS (1990) *Tampico es lo azul*. México: Editorial Porrúa.

- HERNÁNDEZ LEÓN-PORTILLA, A. y LEÓN-PORTILLA, M. (2002) «Estudio Introductorio» (pp. 5-77) en *Arte de la Lengua Mexicana* de FRAY ANDRÉS DE OLMOS México DF; Universidad Nacional Autónoma de México.
- LAS CASAS, BARTOLOMÉ DE (1552) *Brevísima relación de la destrucción de la Indias*. Barcelona: ediciones Orbis 1986.
- LEÓN PORTILLA, M. (1972) «Prólogo » a OLMOS, A. (1547) *Arte para aprender la lengua mexicana*. México; Edmundo Aviña Levy editor.
- MARTÍNEZ, J. L. (1990) *Hernán Cortés*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MENDIETA, FRAY JERÓNIMO DE (1597) *Historia eclesiástica indiana*. México: Editorial Porrúa, edición de 1971.
- NEBRIJA, A. (1492) *Gramática de la lengua castellana*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1992.
- SILVA MAROTO, P. (1974) «El monasterio de Oña en tiempo de los Reyes Católicos» Separata de *Archivo español de arte*. Tomo XLVII nº 186. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Diego Velázquez.
- SIMÉON, R. (1875) «Introducción» a OLMOS, A (1547). *Arte para aprender la lengua mexicana*, Edición de 1972, México: Edmundo Aviña Levy